

SANTOS PARA HOY

Jerome K. Williams



Augustine Institute

Greenwood Village, CO

Augustine Institute
6160 S. Syracuse Way, Suite 310
Greenwood Village, CO 80111
Tel: (866) 767-3155
www.augustineinstitute.org

© 2017 Augustine Institute, Greenwood Village, CO
ISBN-978-1-950939-02-2
Todos los derechos reservados.

A menos que se indique lo contrario, las citas de la Sagrada Escritura se han tomado de La Biblia Latinoamérica, Editorial Verbo Divino, edición revisada 1995.

© 1998 Sociedad Bíblica Católica Internacional
(SOBICAIN).

Usada con la debida autorización.
Todos los derechos reservados en todo el mundo.

Diseño de la portada: Devin Schadt
Imagen de la portada: © Restored Traditions. Usada con permiso.

Extraído de *True Reformers: Saints of the Catholic Reformation*

© 2017 Augustine Institute, Greenwood Village, CO
ISBN-978-0-9982041-8-5

Todos los derechos reservados.
Impreso en Estados Unidos de América.

Contenido

Prólogo	v
Introducción	1
1. San Ignacio de Loyola	9
2. San Francisco Javier	31
3. Santa Teresa de Ávila	51
4. San Juan de la Cruz	75
Epílogo	95

© Augustine Institute

Prólogo

No hay santos cortados con el mismo molde. Los santos son la prueba viva de que Dios nos ha hecho a cada uno de nosotros a su propia imagen y completamente únicos. El sentido de este carácter distintivo puede perderse al leer acerca de los santos. Al comienzo, todos parecen iguales: en la oración y la penitencia, en los milagros y en las frases o los sumarios devotos de sus enseñanzas que rozan en lo obvio.

No es así con los *Santos para Hoy*.

En las páginas siguientes, se describen cuatro santos que se comprometieron por completo con Cristo y su Iglesia y sin embargo fueron totalmente diferentes. Son testimonios de la singularidad de todos los seres humanos, una singularidad que se va revelando a medida que el santo concuerda con Cristo.

Aquí no hay frases trilladas que podrían aplicarse a todas las personas santas que hayan vivido. Cada descripción cobra vida como la historia de un individuo. En pocas páginas, uno comprende qué significa para Francisco Javier recorrer el mundo con un espíritu misionero. Aprendemos a entender la conversión de Ignacio de Loyola, de soldado a peregrino. Podemos vislumbrar el alma mística de santa Teresa y la increíble resiliencia de san Juan de la Cruz. Leer estos relatos es una especie de retiro. Brinda una oportunidad para reflexionar sobre nuestro amor a Dios, nuestra vida de oración y la misión que Dios nos ha asignado a cada uno de nosotros a la luz de nuestros maestros espirituales.

En *Santos para Hoy*, vemos las misiones de estos santos en relación con las necesidades de la Iglesia y del mundo. De hecho, el diagnóstico de las épocas enseña algo profundo acerca de la Iglesia y del mundo, que nos permite ver cómo el espíritu del santo satisface las necesidades características del momento. En ello encuentra el lector una aplicación contemporánea, pues se pregunta: ¿dónde están los santos que Dios está formando hoy, a quienes yo pueda seguir?

Aunque cada uno de estos santos se destaca por su singularidad, me ha impactado una constante en todos ellos. Cada uno se comprometió profundamente con la humilde y difícil tarea de servir a Cristo en los pobres y los necesitados. Todos prestaron servicios en hospitales—un tipo de instituciones muy diferente entonces de lo que son ahora—o durante plagas. Y entregaron generosamente sus pertenencias y su tiempo a los pobres, no en forma ocasional como un tipo de recreación espiritual o como una responsabilidad obligatoria, sino como una expresión de amor que emerge de su vida de discipulado. Esto presenta un desafío para cada uno de nosotros que estamos buscando nuestro camino por la senda de la santidad: ¿amamos a Cristo en los pobres?, ¿cuánto nos cuesta eso?

Estos santos no fueron personas perfectas. Muchos de sus planes no dieron resultado; de haber tomado algunas de sus decisiones de otro modo, ciertamente podrían haber obtenido un mejor efecto. Fueron hombres y mujeres reales, no idealizaciones. Continúan siendo ventanas a Dios y su trascendente amor se pone de manifiesto, pero no de una manera que los haga ver raros. Más bien son como nosotros y como tales nos inspiran, ya que podemos atrevernos a creer

que, si se parecen a nosotros, entonces nosotros podemos parecernos a ellos.

Y aquí yace el verdadero poder del libro. Pues en el relato sobre cada santo, uno se ve inclinado a observar su propia vida y preguntarse: ¿cuál es la misión que también yo, si dijera sí a la invitación radical a la santidad, debo cumplir en esta época, una época necesitada de reforma verdadera? En síntesis, este libro es una invitación no solo a aprender acerca de nuestros grandes hermanos en la fe, sino a tener abiertos los ojos y a redoblar nuestro compromiso con la vida de amor y servicio a la cual Dios nos ha llamado.

Jonathan J. Reyes

Director ejecutivo del Departamento de Justicia,
Paz y Desarrollo Humano de la USCCB
(siglas en inglés de la Conferencia de Obispos Católicos
de Estados Unidos)



© Augustine Institute

Introducción

*“Los hombres han de ser trocados por la religión;
no la religión por los hombres.”*

—Egidio de Viterbo, V Concilio de Letrán, 1512

Los santos son la gloria de la Iglesia. Son la expresión más clara de la misión divina de la Iglesia y de su poder transformador de la vida, y son el signo de esperanza más seguro para aquellos que recorren el camino de regreso en su compañía.

Una pregunta que se hace con frecuencia es si el cristianismo “funciona”. ¿Se pueden creer sus declaraciones? ¿Ha cumplido sus promesas? ¿Representa un intento exitoso de ordenar los asuntos humanos? En estos días, con frecuencia, la respuesta rápidamente devuelta es “¡no!”. Nuestra época es profundamente consciente y sumamente crítica de los pecados y las faltas de tiempos pasados, ocasionalmente hasta con precisión. Hay muchos que se muestran en desacuerdo con la Iglesia, asegurando que el cristianismo ha sido un fracaso. Su caso está bien preparado. Para empezar, miran los períodos de supuesta sociedad cristiana: no necesitamos atravesar la letanía de presuntas faltas, desde las cruzadas hasta la Inquisición y hasta Galileo; se las repite tan frecuentemente que se han vuelto eslogans. Luego, miran la historia de la Iglesia institucional en sí misma. A menudo, entre los líderes de la Iglesia—obispos, sacerdotes, monjes y monjas—, no es difícil encontrar ejemplos de avaricia, sensualidad y deseo de poder. Aun donde no son evidentes pecados más

flagrantes, frecuentemente acecha un espíritu de estrechez de miras, mezquindad y egoísmo, en lugar del espíritu magnánimo, noble y generoso prometido por el Evangelio. ¿Qué sucedió con el alto ideal cristiano de restaurar todas las cosas, de formar un nuevo tipo de ser humano, de participar del poder divino, de amarse los unos a los otros con ayuda sobrenatural? La mirada luego se desplaza al presente. Es fácil encontrar ejemplos de mal comportamiento entre los católicos, desde la escandalosa actividad de los sacerdotes que se portan mal hasta la menos sensacional pero más común experiencia de indiferencia e hipocresía entre los laicos. ¿No apunta todo esto a una idea fracasada? Sin embargo, por más que admiremos la personalidad de Jesús y sean cuales fueran las cualidades positivas que pueda poseer la visión teórica del cristianismo, ¿no se ha mostrado la Iglesia a sí misma incapaz de hacer realidad lo que tan elocuentemente profesa?

Un aspecto esencial de la Iglesia tal como la fundó Cristo es que es una institución divina y humana a la vez. Esta combinación de humanidad y divinidad, una mezcla que a las personas espiritualmente sensibles con frecuencia les ha parecido ofensiva, es la manera que Dios prefiere. Adopta el tema en todo lo que hace, entretejiendo de maneras indescriptibles materia y espíritu, lo mortal y lo inmortal, al Creador y la criatura, en todas sus grandes obras. Esta mezcla se puede ver en su concepción del humano, este extraño ser compuesto de cuerpo y espíritu, limitado por el tiempo y el espacio, pero que tiene una capacidad y un correspondiente anhelo por un destino divino. El tema se hace visible en la manera en que Dios presenta su palabra escrita, las Sagradas Escrituras, escritos con formas y lenguajes variados producidos durante más de mil años, redactados por muchas manos

y mentes diferentes—todos procesos muy humanos—, pero que, sin embargo, tienen la autoría del Espíritu Santo, y que poseen una cualidad divina y una autoridad diferente de la de cualquier otro libro. El tema se expresa con más contundencia, incluso de manera sorprendente, en la unión del Hijo divino de Dios, el Logos Eterno, con un ser humano específico en un tiempo y un lugar particulares, Creador y criatura entrelazados en una unidad misteriosa. Y el tema toma forma en la Iglesia, una institución visible con un aspecto humano de todo tipo posible—gubernamental, relacional, cultural, económico, organizacional—compuesto y mantenido por hombres y mujeres con defectos, pero, misteriosamente, el verdadero Cuerpo de Cristo presente en el mundo.

Los santos nos han sido dados para percibir el misterio en acción. Es en su resplandeciente ejemplo que las promesas de Dios de renovar al género humano se hacen más visibles.

Esta comprensión del verdadero estado de la humanidad puede ayudar a evaluar una corriente popular de pensamiento que dice que el cristianismo es un fracaso. Gran parte de la intensidad de este sentimiento proviene de la actitud utópica esencial de la mayoría de nuestros contemporáneos. Al haber negado el Pecado Original, a nuestra sociedad se la deja pensar que en verdad podemos arreglar fundamentalmente el mundo. Entonces, nos disponemos a erradicar la injusticia, la avaricia, la sed de poder, el tráfico de humanos, hasta la tristeza y la soledad, y proponemos nuestros planes para crear un mundo de paz, felicidad y justicia. Visto desde este enfoque, se considera que el cristianismo es uno entre un número de programas diseñados para cumplir estos objetivos utópicos y, desde este punto de vista, los resultados de dos mil años de cristianismo están lejos de ser apabullantes. Difícilmente

se puede negar la influencia de la Iglesia en culturas y civilizaciones enteras; sin embargo, no parecemos estar más cerca de nuestro paraíso imaginado de lo que estábamos antes de que Cristo llegara. Por consiguiente, se juzga al cristianismo como un fracaso, porque no ha erradicado decisivamente los males que nos han asolado.

Pero esto es un profundo malentendido de lo que el cristianismo ha pretendido hacer y ser. Cristo no vino para convertir la tierra en un paraíso; no todavía. Los cristianos nunca han creído que todo el mal, o incluso su mayor parte, pudiera ser vencido en la época actual del mundo. Cristo vino para dar “testimonio de la verdad” (Jn 18, 37) y, desde el comienzo de la historia de la salvación, no hay gran evidencia de que los humanos en su conjunto hayan deseado la verdad. En el nacimiento de Jesús, Simeón dijo de él que traería “caída o resurrección” y que sería una señal de contradicción (Lc 2, 34). La Iglesia lleva a cabo su misión cuando es fiel a su Fundador, cuando da testimonio de la verdad de Cristo y cuando ayuda a los que desean a Cristo a lo largo de un camino de curación y de esperanza en un Reino venidero. Jesús mismo no fue universalmente aclamado y honrado; todo lo contrario.

Entonces, ¿cómo se va a evaluar más claramente el éxito o el fracaso de la Iglesia? La medida de su éxito se encontrará en las personalidades de los santos, sus miembros más fieles y más representativos. Los santos son aquellos que resucitan con Cristo; son los ejemplos de la clase de transformación posible para aquellos que desean creer en la palabra del Médico Divino y que están dispuestos a seguir sus prescripciones. Son una señal segura de la presencia continua de Cristo en el mundo.

En asuntos de reforma, los santos son, una vez más, decisivos. La verdadera reforma es una cuestión de recuperar y mantener la verdadera imagen de Cristo, y el verdadero reformador es aquel que expresa más plenamente la imagen de Cristo en todas las facetas de la vida. Se ha dicho que la Iglesia no es una democracia; a menudo llega casi como una acusación de que la Iglesia no resuelve asuntos de verdad, justicia o bondad mediante el voto de la mayoría. Pero si la Iglesia no es una democracia, tampoco es una monarquía, no en el sentido habitual de esa palabra. En verdad, Cristo es el Rey, la Cabeza de su Cuerpo y, en ese sentido, la Iglesia es gloriosamente monárquica. Pero, al poner la realeza de Cristo en acción a través de los ministerios de sus siervos, en lo que se refiere al sistema de gobierno, al hacerse camino en el mundo, al resolver los muchos problemas y desafíos que enfrenta en un entorno humano que cambia constantemente, la Iglesia no funciona ni como una monarquía ni como una democracia. Avanza misteriosamente como una especie de oligarquía de la influencia de los santos. En definitiva, cuando el polvo del momento frenético se asiente, cuando las líneas generales de la vida de la Iglesia se puedan trazar en el tiempo, surge una verdad extraordinaria. La Iglesia no ha simplemente recorrido el camino de sus papas, o sus obispos, o sus teólogos, o sus concilios, o de la mayoría de sus miembros creyentes. En cambio, la Iglesia ha seguido a sus santos; y cuando ha seguido a papas, obispos o teólogos, lo ha hecho muy especialmente cuando ellos eran santos o porque estaban siguiendo las huellas marcadas por santos. Se descubrirá que la Iglesia ha seguido muy de cerca, por un inefable sentido espiritual, a aquellos notables respondedores a la gracia de Dios. “Sigan mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo”, les dijo san Pablo a los corintios

(1 Co 11, 1). Así lo hicieron los corintios; y así lo ha hecho la Iglesia a lo largo de los siglos, imitando a los que seguían el ejemplo de Cristo, los santos.

Esto significa que si queremos comprender la esencia de la Iglesia, necesitamos familiarizarnos con sus miembros más característicos, los santos. Si queremos evidencia del poder transformador del Evangelio, deberíamos buscar en la vida de aquellos que tomaron el Evangelio más seriamente: los santos. Si queremos entender la naturaleza de la verdadera reforma, encontraremos su patrón en la vida y la enseñanza de los verdaderos reformadores de la Iglesia: los santos.

El siglo XVI, la época en la que vivieron los santos reformadores registrados en este libro, fue para Europa una era de profundo cambio. El sistema medieval al que había pertenecido durante muchos siglos se estaba desintegrando. La sociedad europea se veía alterada de maneras significativas—demográfica, económica, política y geográficamente—en un proceso que ponía una gran presión en las instituciones existentes. Las poblaciones crecían rápidamente y estaba emergiendo una nueva clase media educada y alfabetizada. En las cortes de las monarquías europeas, se reunían nuevos centros de poder cultural y político. La invención de la imprenta hizo fácilmente accesibles las Sagradas Escrituras y otros escritos espirituales, y abrió el apetito de la época por una claridad y una coherencia teológica mayor. Un encuentro renovado y profundizado con la civilización clásica a través de la recuperación de muchos textos antiguos fue creando un fermento en la mente de la época. Muchas áreas de la vida estaban demandando un estándar más alto; en particular, el área más importante de todas: la religión. Al mismo tiempo, la cristiandad se veía en apuros para protegerse de un Imperio

otomano cada vez más poderoso y, a la vez, estaba desafiada y embriagada al tener ante sí los mundos de Asia y las Américas. En medio de este cambio bullente, la institución clave de la sociedad, la Iglesia, al tener la necesidad urgente de una reforma. Los antiguos patrones ya no funcionaban; los antiguos acuerdos que alguna vez habían sido útiles se mostraban ineficaces o viciados. Durante varias generaciones, creyentes totalmente serios habían expresado el llamado: “¡Reforma en la cabeza y en los miembros!”.

Los historiadores han observado que las revoluciones ocurren con mayor frecuencia no cuando las cosas están en lo peor de lo peor, sino más bien durante las épocas de expectativas crecientes. En tales épocas, lo que antes había sido, al menos, un adecuado estado de los asuntos, ya no satisfacía los estándares más altos de una nueva era. El siglo XVI fue época de expectativas crecientes en materia religiosa y de una pérdida de paciencia con los problemas en el sendero de la reforma. Fue época de profunda fe religiosa y gran fermento religioso, de personalidades fuertes y extravagantes que respondían a Dios en medio de las circunstancias de su tiempo de maneras que siguen influyendo en la Iglesia y el mundo hasta la actualidad.

Entre las más notables de estas personalidades estaban los cuatro santos de este volumen, cuyas vidas ejemplifican la manera en que la reforma de la Iglesia fue impulsada por hombres y mujeres laicos, sacerdotes, contemplativos, obispos y papas. Ver cómo respondieron a los desafíos de su tiempo nos ayudará a comprender las épocas en las que vivieron, y más que eso, con suerte, será una inspiración y una fuente de sabiduría para cumplir con las exigencias de nuestra velozmente cambiante y altamente desafiante era.

© Augustine Institute

Capítulo uno

San Ignacio de Loyola

“¡Vayan y enciendan el mundo!”

Para los americanos, el año 1492 es famoso por ser cuando Colón, navegando bajo el patrocinio de la corona española, descubrió el Nuevo Mundo. Sin embargo, tiene otra importancia en la historia de España. Fue el año de la expulsión definitiva de los moros de la península ibérica, el último acto de un drama que se había desarrollado por siglos, y que marcó el comienzo de lo que se ha llamado *el Siglo de Oro*. Primero bajo el correinado de Fernando e Isabel y luego durante el reinado de Carlos V, España surgió como el reino más poderoso de Europa y la primera potencia del mundo. Los españoles crearon un vasto imperio que controlaba grandes porciones de Europa y gobernaba territorios desde América Latina y África hasta las Filipinas, en Asia Oriental. Durante aquellos años, el ejército español era prácticamente invencible. Pero no solo en la vida política, sino que en todas las áreas de la actividad cultural, la España del siglo XVI vio un florecimiento extraordinario. Fue la época de El Greco y Velázquez en la pintura, de Cervantes y Lope de Vega en la literatura, y de Tomás de Victoria en la música. Fue un tiempo de crecimiento de las universidades y de enormes desarrollos en muchas ramas del aprendizaje. El pueblo español estaba orgulloso: orgulloso de su talento militar, de sus costumbres

caballerescas, de sus logros culturales y de su lealtad a la fe católica. Habiendo forjado su identidad nacional y religiosa durante siglos de lucha, típicamente perseguía sus objetivos con gran energía, valor y determinación. Un carácter nacional de este tipo podía ser un arma de doble filo. Podía, de no redimirse, producir al conquistador jactancioso o al cortesano arrogante. Pero, cuando lo transformaba el amor de Dios, podía también resultar tierra fértil para un tipo de santidad muy elevada.

Una verdad sobre los santos es que ellos trascienden la época en la que viven. Cada generación vuelve a descubrirlos y halla nueva inspiración en su vida y en su ejemplo. Sin embargo, también es cierto que los santos son personajes humanos integrados en las posibilidades y las limitaciones de sus tiempos. No son prodigios raros ajenos al espíritu de su época, sino hombres y mujeres que, por su contribución a la iniciativa de Dios, han permitido que su personalidad entera y todos los elementos de la cultura que han heredado reciban el toque de la gracia y con ello se eleven y purifiquen. En la vida de los santos, como en todo lo demás, la gracia se edifica a partir de la naturaleza.¹ Esta verdad está claramente en acción en la figura de Ignacio de Loyola. Él fue un hidalgo español de ascendencia vasca y, en muchos aspectos, su acercamiento a Dios y a la vida espiritual reflejó este antecedente. Al mismo tiempo, bajo la transformadora mano de Dios, las cualidades propias de su país y su clase cobraron en Ignacio un significado universal.

Iñigo nació en 1491 como el menor de trece hermanos en el ancestral castillo de los Loyola, una familia vasca de

¹ Cf. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, Parte 1, 1:8: “la gracia no destruye la naturaleza, sino que lleva a plenitud sus potencialidades”.

nobleza inferior. (El nombre de Ignacio lo tomaría más adelante en su vida, quizás imitando al mártir Ignacio de Antioquía). Del inicio de su vida tenemos pocos detalles, más allá de unos cuantos recuerdos sobrevenidos muchos años después. Alrededor de los quince años, prestó servicios como paje en la casa de un pariente que tenía un cargo importante en el reino de Castilla. Pasados los veinte años, entró en el servicio militar bajo el mandato del virrey de Navarra. A Ignacio la vocación militar le llegó de manera natural, pues provenía de una familia de soldados. Uno de sus hermanos murió luchando en la Ciudad de México, un segundo en Nápoles y un tercero contra los turcos en Hungría. Ignacio absorbió profundamente el espíritu de su tiempo y su lugar, y puso delante de sus ojos el ideal del hombre consumado del mundo: superficial y galante, preocupado por la gloria militar y las atenciones a las damas de moda. Su breve comentario en su *autobiografía* (en la que habla de sí mismo en tercera persona) observa simplemente que “fue un hombre dado a las vanidades del mundo con un grande y vano deseo de ganar honra”.² En su calidad de militar para el virrey, en el año 1521, tuvo la tarea de liderar la defensa de la fortaleza de Pamplona contra un ataque francés. Fue característico del hombre insistir en defender el fuerte aun cuando sus compañeros de armas lo creyeran indefendible. En medio de la batalla, lo alcanzó una bala de cañón que le quebró gravemente una pierna y le hirió la otra. Con su valiente capitán derribado, la defensa del fuerte colapsó y sus corteses captores franceses lo enviaron a pasar su convalecencia

² Ignacio de Loyola, *Autobiografía de San Ignacio de Loyola*, texto recogido por el P. Luis Gonçalves da Câmara entre 1553 y 1555, Capítulo I, 1. (www.jesuitasdeloyola.org/imgx/textos/autobiografia.pdf).

en la casa de su padre. Su insistencia en que le curaran la pierna sin estropear su aspecto lo llevó a afrontar una serie de dolorosas operaciones y, a veces, hasta lo puso en riesgo de muerte. Tenía treinta años y su vida estaba a punto de tomar una dirección radicalmente nueva.

Para pasar el tiempo durante su convalecencia, Ignacio pidió que le proporcionaran libros de romances caballerescos. Pero en el castillo no había nada de lo que él quería, entonces optó por leer dos libros religiosos: *La vida de Cristo*, del monje alemán Ludolfo de Sajonia, y *La leyenda dorada*, una recopilación de la vida de los santos. Al confrontarse con la personalidad de Cristo y las grandes hazañas de los santos, Ignacio se conmovió profundamente. Todo el caballeresco instinto español y el deseo de gloria que corrían en él con tanta firmeza se vieron captados y exacerbados; a su anterior deseo de honores mundanos lo reemplazó una determinación de hacer grandes cosas por su verdadero Rey y así ganar la honra en el Cielo. “Porque, leyendo la vida de nuestro Señor y de los santos,”—recordaba Ignacio más adelante—“se paraba a pensar, razonando consigo: ‘¿qué sería, si yo hiciese esto que hizo San Francisco, y esto que hizo Santo Domingo?’”³ Se llenó de aborrecimiento por su vida pasada y decidió hacer penitencia como peregrino. Fue el comienzo de un largo viaje que finalmente tendría un gran efecto tanto en la Iglesia como en el mundo.

El año 1521 se destacó no solo por la conversión de Ignacio. Fue el año en el que Hernán Cortés, un hombre de aproximadamente la misma edad y procedencia social que Ignacio, completó la conquista de Tenochtitlán y el Imperio Azteca, lo cual dio comienzo a un nuevo capítulo en la historia

³ *Ibid.*, Capítulo I, 7.

española y europea. Fue también el año en el que Martín Lutero, habiendo escrito tres panfletos muy leídos contra la Iglesia Católica, se negara a retractarse de su posición ante la asamblea imperial general, o Dieta, en Worms, iniciando así efectivamente la Reforma protestante. Estos sucesos trascendentales contribuyeron mucho para dar forma al mundo en el que Ignacio lanzaría sus considerables energías como misionero y reformador de la Iglesia. Más tarde dijo que no creía “haber abandonado el servicio militar, sino haberlo consagrado a Dios”.

La vida de Ignacio luego de su conversión puede dividirse convenientemente en tres partes o fases, cada una de las cuales tiene su especial importancia. La primera fase, que comenzó tan pronto como se produjo su conversión, duró unos tres años. Incluyó el tiempo de su convalecencia, el año que permaneció en Manresa y su peregrinaje a Tierra Santa. Fue un período de una vida interior intensa: largas horas de oración, rigurosas obras de penitencia y purificación, e increíbles experiencias místicas. La segunda fase, de unos catorce años, fue una prolongada etapa de estudio y actividad apostólica durante la cual Ignacio reunía grupos de hombres a su alrededor, primero en Barcelona, luego en las universidades de Alcalá, Salamanca y París, y durante un breve tiempo en Venecia. Fue un período de perfeccionamiento de su método de evangelización y de significativa oposición a su apostolado. La fase final empezó con su regreso a Roma en 1538 e incluyó la fundación de la Compañía de Jesús dos años después y sus obligaciones de gran envergadura como general de la orden, una tarea que concluyó solo con su fallecimiento en 1556.

La primera fase: Dios le enseña a Ignacio

Una regla de la vida espiritual, práctica y cumplida a lo largo del tiempo, dice que uno debe ser cauteloso a la hora de imitar a los santos. Su fe, sus virtudes y su rendición a la Voluntad Divina son ejemplos para todos los creyentes. Pero los patrones particulares de la vida de ellos y la forma específica en la que son llamados a responder a la iniciativa providencial son a menudo excepcionales e idiosincráticos. Lo que es excelente en la vida de un santo puede no ser prudente o loable en cada creyente. Debemos recordar esta regla al analizar la vida de san Ignacio.

Desde el primer momento de su conversión, Dios trató a Ignacio de una manera especial. La singularidad no fue tanto en la conversión en sí misma. Sin duda, fue un hecho dramático pasar de soldado a peregrino como lo hizo Ignacio, dejando atrás familia, ambiciones mundanas, estatus social y posesiones para seguir a Cristo. Aunque muchos otros, atraídos por la belleza y el amor de Dios, han alterado su vida de maneras igualmente drásticas. Cuando Pedro y Juan abandonaron sus redes y su negocio de pesca para seguir a Jesús, crearon el patrón interior de toda conversión verdadera. Lo que distinguió los primeros años de la conversión de Ignacio fue el grado hasta el cual Dios se hizo cargo de él y le enseñó profundas verdades espirituales y pastorales, incluido todo el ciclo de la doctrina católica, sin que casi no mediara ayuda alguna de los demás. Ignacio llegó a darse cuenta de esto por sí solo. De aquellos primeros años, dijo posteriormente: “En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a

un niño, enseñándole;...claramente él juzgaba y siempre ha juzgado que Dios le trataba desta manera”⁴

Hubo un claro propósito providencial en la conversión de Ignacio. Al igual que san Pablo, Ignacio fue un instrumento que Cristo eligió para utilizarlo en aras de una gran misión apostólica. Como Pablo, tenía una personalidad fuerte y una voluntad férrea, pero estos atributos estaban ejerciéndose en una dirección equivocada. Como a Pablo, el Espíritu Santo le enseñó el Evangelio como preparación para esa misión. Sobre su propia recepción de la fe, una vez Pablo escribió: “Les recordaré, hermanos, que el Evangelio con el que los he evangelizado no es doctrina de hombres. No lo he recibido de un hombre, ni me fue enseñado, sino que lo recibí por una revelación de Cristo Jesús”. (Gál 1, 11-12). Aunque nunca reivindicó ninguna autoridad profética o apostólica, Ignacio hablaba de manera parecida acerca de cómo él había recibido el Evangelio. Más adelante relató una experiencia de este tipo de cuando había estado en Manresa: “Y estando allí sentado se le empezaron abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto cosas espirituales, como cosas de la fe y de letras”. Junto con esta experiencia de entendimiento infundido, Ignacio recibió visiones de Cristo, de Nuestra Señora y de la Santísima Trinidad que le inculcaron muy profundamente estas verdades, tal como dijera más tarde: “si no hubiese Escritura que nos enseñase estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellas, solamente por lo que ha visto”⁵.

El efecto de estas visiones y gracias divinas se hizo evidente en la forma en que Ignacio comenzó, inmediatamente

⁴ *Autobiografía*, Capítulo III, 27.

⁵ *Ibid*, Capítulo III, 30, 29.

después de su conversión, no sólo a hablar de su recién descubierta vida, que habría sido bastante natural, sino a guiar a los demás con toda confianza como maestro de la fe y director de almas. A la distancia en el tiempo y conociendo su curso futuro, parece obvio que Ignacio rápidamente se convertiría en un guía espiritual. Pero si lo vemos como lo habrían visto sus coetáneos, la singularidad de su comportamiento es más llamativa. Aquí estaba un hombre que había pasado sus primeros treinta años persiguiendo nada más que intereses mundanos. Había arrojado toda su energía en la adquisición de fama y de una carrera prestigiosa, y sus gustos y afectos se habían moldeado con ese patrón. No hay duda de que era católico, pero de los que lo son por herencia y que, aunque están familiarizados con las prácticas culturales de la Iglesia, las ven como meras convenciones sociales. Había recibido muy buena capacitación en las artes militares y en las exigencias de la vida social, pero poca educación en otras áreas. No sabía casi nada de teología. Este mismo hombre tiene entonces un encuentro impresionante con Cristo y se determina a cambiar el curso de su vida. Necesariamente tiene una ardua tarea frente a sí, la tarea de todo converso que se haya dedicado a forjar su carácter alejado de la voluntad de Dios. Tendrá que olvidar hábitos arraigados durante muchos años. Tendrá que desarrollar un nuevo conjunto de sentidos espirituales para cobrar vida ante realidades invisibles. Tendrá que aprender algo del rico cuerpo de la doctrina y la práctica que todo católico serio adopta. Podrá esperar que, por más que cuente con la ayuda de Dios, esto requerirá tiempo y mucho trabajo, y necesitará de buenos maestros y mentores que lo ayuden en el camino.

Pero, bajo el impulso de la gracia, Ignacio toma una senda completamente diferente. Aunque busca mentores espirituales, no logra hallar a nadie que satisfaga sus necesidades. En vez de eso, se involucra en una intensa experiencia solitaria de ser formado directamente por la mano de Dios, educado en las verdades de la fe, en los principios de la oración y en las reglas del discernimiento. Luego, con confianza, toma a otros bajo su ala como maestro espiritual y les enseña lo que ha aprendido, a pesar de que él es un mero principiante en la vida espiritual. Esta clase de comportamiento caracterizaría típicamente a un neófito demasiado apasionado con más entusiasmo que conocimiento. Pero este no fue el caso de Ignacio. A pesar de ser un lego sin instrucción, exhibía un conocimiento seguro de las verdades doctrinales y morales de la fe. El novedoso método de conversión y discipulado que desarrolló durante estos años solitarios, los así llamados Ejercicios espirituales, enseguida llegaron a ser reconocidos como una maravilla de la espiritualidad católica y se los ha contado entre los medios más efectivos de transformación espiritual que la Iglesia haya conocido. Todo esto de un hombre que jamás había estudiado teología, a quien jamás había guiado un director espiritual y que hasta antes de ayer había llevado la vida de alguien banal y mundano. Quienes presenciaban el espectáculo bien podían haberse hecho la misma pregunta que los asombrados habitantes de Nazaret al escuchar las enseñanzas de Jesús: “¿De dónde, entonces, le viene todo esto?” (Mt 13, 56).

La conversión a la manera paulina y la temprana experiencia de Ignacio subrayan un principio clave de la reforma de la Iglesia: concretamente, que Cristo es Señor de la Iglesia y es él quien toma la iniciativa de impartir y proteger la vida

divina de su Cuerpo. La Iglesia del siglo XVI necesitaba una reforma urgente y los cristianos serios estaban debidamente preocupados acerca de lo que podrían hacer para rectificar las cosas. Pero los destinos de la Iglesia no dependen en definitiva de la actividad humana—por muy importante que pueda ser—, sino de la fidelidad de Dios. Si los instrumentos que se supone deben cuidar de la Iglesia de Cristo y su misión resultan deficientes, Él hallará otros adecuados para sus propósitos, aunque ello signifique echar mano de un soldado vasco herido de mediana edad.

La segunda fase: Éxito apostólico y oposición

De principio a fin, Ignacio fue un hombre de hechos. Dio un gran valor a la oración y su propia vida espiritual lo puso en compañía de los grandes místicos de la Iglesia; pero, como una flecha en el arco, siempre estaba dispuesto y preparado para entrar en acción. La pregunta que siempre se hacía a sí mismo y a sus discípulos espirituales era: ¿Qué haremos por Cristo y su mayor gloria? Una vez convertido, lo primero que pensó Ignacio fue en ir en peregrinación a Tierra Santa. Existía una larga tradición de peregrinaje como ejercicio penitencial y a este propósito Ignacio le sumó un motivo más profundo. Sabiendo que ahora su vida estaba tomando un curso diferente como discípulo de Cristo, tenía la esperanza de permanecer en Tierra Santa y servir a otros peregrinos en los sitios sagrados y, de ser posible, predicar el Evangelio entre los turcos. Después de su estadía en Manresa, partió hacia el Cercano Oriente y, luego de muchas aventuras y dificultades, llegó a Jerusalén. Sin embargo, enseguida se hizo claro que los franciscanos que cuidaban los sitios sagrados no le darían permiso de quedarse. Después de menos de